

## Las últimas palabras de José Asunción Silva

Ana Fernández Blázquez

Mucho ha divagado el conocimiento popular sobre las últimas palabras de personajes conocidos. Se dice que Sócrates saldó su deuda de un gallo, Sartre se despidió de Simone de Beauvoir y María Antonieta pidió disculpas al Señor. Hay algo en las últimas palabras que, desde nuestra curiosidad morbosa de humanos, las hace especialmente relevantes. Son un testamento, un último pensamiento de quien ha habitado la Tierra. Por eso los suicidas dejan notas y cartas, o, en el caso de José Asunción Silva (Bogotá, 27 de noviembre de 1865 - 24 de mayo de 1896), toda una última obra. Cuando el escritor, que había recibido reconocimiento anteriormente por su poesía, se quitó la vida dándose un tiro en el corazón con un revólver Smith & Weeson a los 30 años, dejó en su lecho suicida el manuscrito inédito de *De sobremesa*. Quizá, de no ser por el naufragio que provocó la pérdida del manuscrito original durante el regreso del autor a Colombia en 1895, Silva habría publicado la novela en vida. Sin embargo, a su muerte, las últimas palabras de José Asunción Silva tardaron más de 30 años en publicarse, cuando el contexto ya había cambiado totalmente.

Con la perspectiva que da el paso del tiempo, *De sobremesa* es una novela espléndida, por cuya tinta fluyen ríos enteros de conocimiento, con un estilo marcadamente modernista. En ella, el autor se proyecta a sí mismo, con el nombre de José Hernández. Reunido con un grupo de amigos, el poeta decide leer un diario de sus años viviendo en distintas ciudades de Europa, principalmente París, Londres e Interlaken. En esta metanarrativa, se muestra como un nómada burgués, apasionado por el conocimiento, políglota, pero con grandes dicotomías dentro de su ser. Se debate entre buscar a su amor platónico, a quien llama Helena, para formar con ella una familia, o seguir seduciendo distintas mujeres que le entretengan en sus días y noches. Se plantea participar políticamente en su nación, pero rápidamente se olvida de ello. Visita médicos, en cuyas teorías observamos el nacimiento del psicoanálisis, y se impregna de los movimientos artísticos europeos como el prerrafaelismo. Todo ello lo hace sin dejar de exhibir en ningún momento su ingenio y su elevadísimo nivel cultural. Está plagado de intertextualidades, nombrando de forma constante a Petrarca, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Ibsen, Balzac o Baudelaire; pero tampoco faltan las referencias históricas, filosóficas o artísticas, con las que juega reiteradamente haciendo símiles y comparaciones. Un lector comprometido debería procurarse una edición anotada si desea adentrarse en el mar del pensamiento de Silva. Su propia novela lo dice «ya el lector no pide al libro que lo divierta, sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo».

Si la novela comienza con un tono alegre, en un ambiente festivo y un salón repleto de lujos y exotismos marcadamente modernistas, cuando Hernández comienza su diario el ánimo se va oscureciendo. Sus agonías amorosas, que le llevan a dolores físicos acaparan el relato, sin entorpecer nunca su hilo de pensamientos y reflexiones que nunca cesan. El autor demuestra una sensibilidad extrema que acapara su mente, pero también una visión más general, que le permite situarse a sí mismo dentro de todo un panorama social.

No cabe duda que, al colocar el manuscrito en su lugar antes de suicidarse, Silva era consciente de que esa sería su última oportunidad de gritar algo al mundo. Recoge todo. Todo lo ha tenido la oportunidad de saber a lo largo de su vida, y le da forma en referencias, subtramas y amores, pero sobretodo plasma su condición y existencia. *De sobremesa* es un testamento de la vida de un artista en el Fin de Siglo, burgués, sabio, pero sin un papel claro en la sociedad más allá de amenizar las tardes a sus amigos y vivir con mucha pasión; una nota de suicidio dirigida al mundo.